

ARTURO FONTAINE ALDUNATE

(1921 – 2010)

Con honda pena y gratitud despedimos la existencia terrena de Arturo Fontaine Aldunate, maestro del periodismo de opinión, redactor y ex director de “El Mercurio” en épocas muy convulsas y difíciles de la vida chilena.

Arturo fue literalmente arrebatado al derecho por el periodismo, cuando ya contaba 43 años y todo le aseguraba continuar un brillante ejercicio de la abogacía.

En él pesó más, sin embargo, la sugestión de la pluma y el universo de las ideas, que desde temprano lo habían atraído en la revista escolar y en la Academia Literaria del colegio de los Padres Franceses de La Alameda —ambas bajo su dirección de adolescente—.

Esa vocación luego se manifestó durante casi dos décadas de colaboraciones firmes o esporádicas en la revista “Estudios”, el combativo semanario “Estanquero”, “El Diario Ilustrado” y, finalmente, “El Mercurio”, al que ingresó como redactor en 1963, por invitación directa de Agustín Edwards Eastman.

No es sencillo describir las excepcionales condiciones intelectuales de Arturo: la claridad de su inteligencia —desde luego nada frecuente—, bien acompañada de una voluntad perseverante, y ordenada, además, por una cultura de rasgos clásicos.

Para dar contenido público a la intensa y prolífica actividad de su mente, Dios le regaló una pluma privilegiada: siempre informada y directa, fluida, elegante y, cuando era necesario, dura y polémica. Fontaine dominaba la expresión escrita sin esfuerzo aparente.

A veces le bastaban diez o quince minutos frente a la máquina para una entrega editorial casi perfecta, que sintetizaba horas de discusión del Consejo de Redacción del decano mercurial.

Como influencias determinantes en su vida, Arturo mencionó siempre en primer lugar a su madre, Elvira Aldunate, viuda a los 32 años, imagen de entereza y total entrega para sacar adelante a tres hijos.

Luego estuvo, sin duda, el Padre Osvaldo Lira, filósofo tomista de renombre, que abrió los ricos espacios de su inquietud intelectual, sin descuidar el indispensable gran vistazo sobre música, pintura y poesía.

Más tarde, en sus clases de Historia del Derecho, Arturo se convirtió en amigo y ayudante del historiador Jaime Eyzaguirre, otra influencia decisiva en su vigorosa formación respecto de las raíces chilenas, y quien además lo incorporó a la renovación litúrgica de inspiración benedictina.

En fin, en cuanto a estilo de abogacía y profundidad del conocimiento jurídico, lo sedujo la personalidad de Julio Philippi.

Como estudiante destacado de la Universidad Católica, presidió el Centro de Derecho de la Facultad y se recibió con distinción unánime, en medio de las inquietudes y reflujos que en la política chilena iban dejando la guerra civil española, la contienda mundial y la extendida y avasallante sombra proyectada por el comunismo.

Terminada la Segunda Guerra, un congreso de Pax Romana en Europa lo convocó como dirigente de acción católica, y de esa rica experiencia volvió más crítico de su medio local, con la clara percepción de un mundo mucho más amplio, variado y controvertible.

A los 33 años fue nombrado Subsecretario de Hacienda por el Presidente Ibáñez, acompañando muy de cerca la notable y modernizadora gestión del ministro Jorge Prat.

Y aunque retornó al ejercicio libre de la profesión, ya el abogado había abierto la puerta a la irresistible vocación y pasión por el interés público que, lejos de los partidos políticos, Arturo canalizó en el periodismo.

Consagrado por entero al Mercurio, sintió allí que había llegado finalmente a lo suyo, y durante 17 años le cupo redactar la influyente “Semana Política” dominical. En el tránsito interno del diario, Arturo fue nombrado primero Jefe de Redacción, y luego subdirector, integrando una notable dupla con el director del Mercurio, el eximio periodista René Silva Espejo.

Caracteres fuertes ambos, Silva y Fontaine, se vieron compelidos a compartir una tarea periodística agobiante, mediante la rica complementación de sus estilos, intuiciones y capacidades, que eran bastante diferentes. Así, El Mercurio logró atravesar airosamente el tormentoso período de la Unidad Popular, para prestar luego una invaluable contribución democrática, informativa y de opinión, en medio de la fortísima restricción de los ámbitos informativos impuestos por el gobierno militar.

Como polemista, Arturo ya había destacado en 1967 en un famoso debate con el entonces senador Salvador Allende, en el que Fontaine firmaba con el seudónimo de Kleck, y sus artículos eran ilustrados con una caricatura de Coke en que Allende aparecía como rey de naipes y, a la vez, guerrillero.

Esas mismas dotes de lógica contundente resultaron luego armas formidables de persuasión para un progresivo asentamiento de las libertades públicas poco a poco recuperadas, mediando también un constante llamado a los

tribunales a ejercer sus atribuciones como prerrequisito de un Estado de Derecho.

Son muchos los periodistas que pueden dar cuenta del talento y la valentía con que Arturo Fontaine luchó con independencia y realismo por la libertad de expresión, cualquiera fuese el poderío político del régimen vigente.

Pero su aporte fue más allá de esta contribución decisiva en la indicación de los derroteros plausibles que el país debía seguir para recuperar su régimen democrático y su economía rota. En toda su expresión periodística —y en su acertada dirección de El Mercurio—, Fontaine aportó una savia de rico humanismo, elevación de miras y respeto tolerante por las ideas más adversas a las suyas.

Distinciones de tanta importancia como los premios SIP Mergenthaler, Nacional de Periodismo y “Aurora de Chile” —unánimemente conferido por la Asociación de la Prensa— subrayaron la importancia de su paso por el periodismo activo.

Una vez retirado de la coyuntura periodística, —cuando emigró primero a la diplomacia y luego a la actividad docente y académica— Fontaine publicó una serie de lúcidos ensayos de análisis histórico-político de diferentes épocas de las que fue observador penetrante e influyente formador de opinión. Sus obras constituyen un escrutinio perspicaz e irremplazable para la comprensión de los fenómenos políticos y sociales relevantes de nuestra historia contemporánea. Así, a la “Revolución en papel sellado”, publicada en 1972, se agregaron “Los economistas y el Presidente Pinochet” (1988); al año siguiente, “Todos querían la revolución”, un sugestivo enfoque del período 1964 - 1973; “La tierra y el poder”, libro (2001) en que examinó la reforma agraria; y, finalmente, “Apuntes políticos” (de 2003), que recoge su experiencia como periodista en los gobiernos de Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva y Salvador

Allende, y cuya segunda parte quedó lamentablemente inconclusa.

Fue Arturo Fontaine un chileno apasionado y un católico de convicciones firmes, valores que se proyectaron en su matrimonio con Valentina Talavera y en sus siete hijos, que mantienen el espíritu de servicio público formado en la atmósfera de ese hogar.

Mucho sentimos la partida de Arturo. Nos hará falta su criterio ponderado en situaciones muy difíciles, pero, muy en especial, echaremos de menos su risa abierta, la originalidad de su visión y la ironía punzante de su conversación.

Arturo, querido amigo, Dios te tenga en su reino.

Cristián Zegers A.

18 Mayo 2010